

Los cuentos
de la realidad
mágica

ARTURO

USLAR PIETRI



Arturo Uslar Pietri ha sido quien acuñó el término «realismo mágico» para definir el más profundo y poderoso movimiento de renovación de la narrativa contemporánea en lengua española: movimiento de renovación que surgió en París, en los años treinta, cuando Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y el autor de estos relatos, estimulados por el surrealismo, sintieron la necesidad de darle mayor autenticidad y contenido a la novela y al cuento. De todos modos, el realismo mágico no es sólo una invención literaria, sino el reconocimiento de una situación que había permanecido sin ser reconocida: la realidad mágica del mundo hispanoamericano en el que se entremezclan tres culturas: la española, la india y la africana. El medio natural y humano estaba impregnado de elementos mágicos. Parte esencial de esa renovación se realizó en el cuento, género en el que Arturo Uslar Pietri es maestro excepcional, como se observa plenamente en «Los cuentos de la realidad mágica», admirables por su poder creativo, su don de revelación y su extraordinaria calidad literaria.

Los cuentos contenidos en este volumen provienen de los siguientes libros: *Barrabás y otros relatos* (Litografía y Tipografía Vargas, Caracas, 1928); *Red* (Editorial Elite, Caracas, 1936); *Treinta hombres y sus sombras* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1949); *Pasos y pasajeros* (Taurus, Madrid, 1966).

Barrabás

Su linaje venía de Bethábara, en el país de los Gadarenos. Tenía las barbas negras y pobladas como una lluvia, bajo unos ojos ingenuos de animal, y entre los nombres innumerables el suyo era Barrabás.

Conocía los libros sagrados, era caritativo y respetuoso, guardaba el sábado y sabía que Jehová era terrible y poseía una muchedumbre de manos y en la punta de cada dedo un castigo.

* * *

Era el mediodía. Un viento perezoso se derramaba sobre el patio y desbordaba entre las rejas del calabozo. El aire estaba aplastado de un olor indefinible y molesto.

Había allí gran cantidad de gentes hacinadas, ladrones, prostitutas, vagos, uno que otro perro de lanas legañoso, y un soldado con armas que hacía la guardia caminando de un extremo a otro con rapidez, tal como si se propusiese dejar plegada una distancia muy larga.

En una vuelta lo enfocó con los ojos; entre las barbas le resaltaba la piel pálida como el agua sobre las piedras. A la mirada siguió la interrogación.

—¿Yo? Barrabás...

—¿Barrabás?... ¡Ah! Sí, el asesino. ¿Sabes? Te van a matar.

—Sí. Ya lo sé —respondió con indiferencia por decir algo, callando para contemplarse con abstraimiento las uñas largas y sucias. El guardia continuó su paseo.

Al volver a pasar junto a él, continuando en su posición, le preguntó:

–Oye. ¿Como que dijiste algo de matarme? ¿Ah?

–Sí. Te crucificarán. Ya está dicho.

El otro siguió en su vuelta monótona y Barrabás tornó a meterse aquella mirada torpe en el hueco de las manos.

Pasado un rato volvió a llamar al guardia.

–Mira. ¿Sabes acaso a quién he matado?

–Sí. Al hijo de Jahel. Le diste de puñaladas.

–El hijo de Jahel... ¿Es todo?

–No. También apareces complicado en el motín.

–En el motín... ¡Ah! Bueno... Espera. Mira. No te vayas. ¿Sabes? Todo eso que has dicho es mentira, todo, todo. Pero ¿me matarán de todos modos? Claro. Me matarán. Pst... ¡Entonces...!

–Entonces ¿qué? Piensas acaso hacerte el inocente. Es inútil. Jahel lo ha dicho todo. Venías en la gran nube de gritos de los del motín y cuando los soldados los sorprendieron en la calle, tú, para salvarte, te entraste en la casa de ella por la ventana. Lo demás lo sabes mejor que yo.

Barrabás permaneció callado. Al cabo de un instante, como bajo el imperio de una idea súbita, dijo:

–Oye... Todo eso es mentira ¿sabes? No es necesario. Ya sucedió. Bueno. Pero te lo voy a contar para... ¿Tienes hijos? Bueno. Pues para eso. Para que un día se lo cuentes a ellos cuando no recuerdes nada mejor. No conozco a Jahel, ni conocí a su hijo, ni sé la cara que les modeló Jehová y esto es cierto como una vida.

Una noche, había tanta luna que parecía un día convaleciente, venía yo por las calles, caminando, como hacen los hombres cuando no tienen qué hacer. ¡También los comerciantes! Cuando de pronto, siento desembocar en una esquina una turba de hombres con armas y gritos corriendo a todo correr. Venían sobre mí como un manicomio suelto. ¿Nunca te ha pasado eso, guardia?

–No mientas, era el motín y tú venías con él.

—No miento. Venían sobre mí. Además, lo que uno cree es como si efectivamente fuese, o quizá más. Te digo, pues, que venían sobre mí y yo me eché a huir. Corrían como cosas, no como hombres ¿sabes? No se fijaban en mí, ni gritaban mi nombre; entonces comprendí que si me alcanzaban habría de perecer bajo la lluvia de sus pies. Había una ventana abierta y me tiré por ella como una piedra. Di vuelta sobre un lecho y caí en un rincón. El que dormía se despertó dando voces de alarma.

Tú sabes, el que viene hace rato en la oscuridad ve; el que despierta no ve. Yo veía cómo desde otra cama se alzaba también una sombra y cómo las dos se enlazaron y lucharon furiosamente. Desde mi rincón yo comprendía que me buscaban a mí. Cayeron al suelo: una arriba, una debajo. Y la de abajo dio un solo grito y se quedó callada. Desde mi rincón yo comprendía que la de abajo había ocupado mi lugar. Al grito vinieron las gentes y las luces y me encontraron a mí delante de una mujer desgreñada y temblorosa y en medio de los dos un hombre con un cuchillo de través en el pecho.

Y la mujer comenzó a dar alaridos y a decir: «¡Mi hijo. Mi hijo mío! ¡Me lo mataron!»; mientras se restregaba sobre él besándole y manchándose de sangre.

Entre sus voces me veía con odio y exclamaba: «¡El asesino. Ahí está. Llévenselo. Me lo ha matado! ¡¡El asesino!!», y todos me veían con los ojos vidriados de odio, pero yo no comprendía.

Aquello era demasiado extraordinario y violento; empecé a sentir lástima por aquella mujer que había matado «su carne», y pensaba en la inutilidad de aquellos gritos, porque la muerte es un viaje y al que se va no hay modo de detenerlo porque «se va quedándose». Cuando vine a saber de mí y a regresar de aquella gran sorpresa, me llevaban por la calle atado entre el odio de las gentes. Desde entonces estoy en la cárcel.

Barrabás calló, viéndose las uñas con su gesto habitual. El carcelero cortó el silencio.

—¿Por qué no dijiste eso a los jueces?

—No me lo preguntaron.

El murmullo de las conversaciones de todas las gentes amontonadas en el calabozo se hacía denso como un coro. El viento sacaba un ruido de agua de los árboles del patio. El carcelero había quedado en cuclillas delante del preso.

De pronto Barrabás, tomándolo por un brazo, le preguntó con ansiedad, casi con angustia:

—¡Oye! ¿A quiénes se crucifica?

—A los que han cometido un delito.

—¿Únicamente?

—Únicamente.

—A mí ¿me van a crucificar?

—Sí.

—¡No puede ser! ¿Qué delito he cometido?

El guardia quedó confuso no hallando respuesta. En lo áspero de su inteligencia comprendía que aquella pregunta encerraba algo trascendental. Con movimientos mecánicos comenzó a acariciarse la barba como un autó-mata.

Repentinamente se le iluminó el rostro como si hubiese hecho un hallazgo.

—Barrabás. Has cometido un delito. Tu muerte está justificada. Es un delito grave.

—¿Estás loco? Cuál...

—Uno que hay que castigar muy duramente.

—¿Cuál?

—El delito de callar.

—¿Callar?

—Sí. Sabías la verdad y la enterraste dentro de tu boca.

El carcelero se levantó con aire satisfecho, era el hombre justificado, y continuó su paseo tedioso y lento, lento y abrumador, sin fijarse en la expresión abstraída del rostro

del prisionero que declamaba como una letanía a media voz:

—¡El delito de callar...!

* * *

—¿No estabas muerto? —Parecía que de la voz de la mujer salía aquel tono violeta del cielo—. ¿No te habían matado?

Y le corría las manos, como modelándolo, por todo el contorno de la figura.

—Barrabás, mi hombre, dime ¿es que me he muerto yo también y estoy viendo las sombras o es cierto que estás, en tu voz y en tu sangre, delante de mí?

El hombre tomándole la cabeza con las manos le respondió:

—Estoy metido en un gran asombro, y no creo estar vivo porque así debe ser la confusión de la muerte. ¿Crees que vivo?

—Sí. Ahora siento la seguridad. ¿Por qué no habrías de estarlo? Vives y te veo.

—Tú lo dices. Debe ser así.

Pero Barrabás era ingenuo y alegre y ahora estaba triste; era dulce y despreocupado y estaba torvo; era indiferente y en el rostro se le inmovilizaba la obsesión.

—Mujer, ¿lo habías oído decir alguna vez? La verdad es un delito. Un delito horrendo. ¿Sabes?

—Estás delirando. ¿Qué te pasa?

Barrabás calló, dejándose posar la mirada sobre el borde de las uñas mugrientas y salvajes, como era su costumbre.

—Yo estaba preso, ¿sabes?

—Sí.

—Y me iban a crucificar.

—¡Jehová te ha salvado, mi hombre!

—¡No! Es falso. No me ha salvado Jehová. Me salvó un delito.

—¿Cuál?, ¿el tuyo? Estás loco...

—No, el de otro. Pero cállate. No me interrumpas.

El hombre quedó en silencio un rato como ordenando sus ideas y luego prosiguió en su conversación con la lentitud de quien va sembrando.

—Me iban a crucificar. Pero, sabes, cuando llega la Pascua se acostumbra soltarle un preso al pueblo. El que él quiera. Escogen a dos para que el pueblo elija a uno de entre ellos. Yo fui uno de los llamados. Pero no tenía esperanza. Tenía sobre mí un gran crimen. La mujer le interrumpió:

—Sí, habías muerto al hijo de Jahel.

—No, no era ese mi crimen. Mi crimen era otro. Otro que no comprendo: callar. Me lo dijo el carcelero. Me dijo también que era horrible y sin perdón. Callar. Esto parece absurdo ¿verdad? Pues no, no lo es. Esto es «diáfano», esto se explica; absurdo fue lo otro, inexplicable, como un sol a medianoche.

Y Barrabás quedó en silencio por un momento como si las palabras se le hubiesen despeñado en un abismo.

—Sabes, vino a buscarme el carcelero, el mismo con quien había hablado antes, y me llevó por los corredores vestido con el ruido de mis cadenas. En el camino me dijo:

—¿Tienes esperanza o no?

—Yo le respondí: No sé. ¿Sabes quién es el otro?

—Sí, me han dicho que se llama Jesús. Creo que es un maniático. Delante del Pretorio se había derramado el pueblo, y el pueblo me veía, y veía al Gobernador, oloroso de flores, y al otro reo. El otro reo era un pobre hombre flaco, con aspecto humilde, y con unos grandes ojos que le cogían media cara.

El gobernador interrogó al pueblo: «¿Cuál de los dos queréis que os suelte?» y yo sentía dentro de mí cómo se

me desbocaba el corazón de angustia. Pero entonces empezaron todos a dar grandes voces: «A Barrabás. A Barrabás», como un mar que hablase. Yo sentí emoción. Toda aquella gente me aclamaba y me conocía. Pero al volverme vi el rostro del otro prisionero que estaba humillado como si los gritos lo apedreasen y empecé a sentir lástima, porque pensé que en el martirio aquel hombre sufriría más que yo. Como el carcelero estaba a mi lado, pude decirle al oído:

–Este ¿es Jesús?

–Sí.

–Su crimen debe haber sido mucho más grande que el mío. ¿De qué se le acusa?

–Desprecia las leyes de César. Promete hacer cosas sobrenaturales. Es un gran vanidoso. Asegura que él solo dice la verdad.

–¿Es eso un delito?

–Un gran delito.

El guardia no dijo más, pero dentro de mí, como un viento, se metió este asombro. No sé si he soñado, si estoy muerto, o si es mi sangre y mi voz la que te habla.

Igual que al través de una tiniebla vi al gobernador que se lavaba las manos en un jarro, como hacen los hombres después que han comido.

Me soltaron las cadenas, y caí entre aquella resaca de gentes como un madero.

–Y ahora mujer, quiero que me digas. ¿Lo habías oído decir alguna vez? ¿Es que las palabras pueden echar puñados de confusión sobre la vida? ¿Habías oído alguna vez cosa semejante?

Sin esperar respuesta salió al camino que se hundía en los ojos de la mujer. El cielo estaba sembrado de violetas y Barrabás se destacaba en su fondo como un bloque de piedra desbastado a hachazos.

La lluvia

La luz de la luna entraba por todas las rendijas del rancho y el ruido del viento en el maizal, compacto y menudo como de lluvia. En la sombra, acuchillada de láminas claras, oscilaba el chinchorro lento del viejo zambo; acompasadamente chirriaba la atadura de la cuerda sobre la madera y se oía la respiración corta y silbosa de la mujer que estaba echada sobre el catre del rincón. La patinadura del aire sobre las hojas secas del maíz y de los árboles sonaba cada vez más a lluvia, poniendo un eco húmedo en el ambiente terroso y sólido.

Se oía en lo hondo, como bajo piedra, el latido de la sangre girando ansiosamente.

La mujer, sudorosa e insomne, prestó oído, entreabrió los ojos, trató de adivinar por las rayas luminosas, atisbo un momento, miró el chinchorro, quieto y pesado, y llamó con voz agria:

—¡Jesuso!

Calmó la voz esperando respuesta y entre tanto comentó alzadamente:

—Duerme como un palo. Para nada sirve. Si vive como si estuviera muerto...

El dormido salió a la vida con la llamada, desperezose y preguntó con voz cansina:

—¿Qué pasa, Usebia? ¿Qué escándalo es ese? ¡Ni de noche puedes dejar en paz a la gente!

—Cállate, Jesuso, y oye.

—¿Qué?

—¡Está lloviendo, lloviendo, Jesuso!, y ni lo oyes. ¡Hasta sordo te has puesto!

Con esfuerzo, malhumorado, el viejo se incorporó, corrió a la puerta, la abrió violentamente y recibió en la cara y en el cuerpo medio desnudo la plateadura de la luna llena y el soplo ardiente que subía por la ladera del conuco agitando las sombras. Lucían todas las estrellas.

Alargó hacia la intemperie la mano abierta, sin sentir una gota.

Dejó caer la mano, aflojó los músculos y recostose en el marco de la puerta.

—¿Ves, vieja loca, tu aguacero? Ganas de trabajar la paciencia.

La mujer quedóse con los ojos fijos mirando la gran claridad que entraba por la puerta. Una rápida gota de sudor le cosquilleó en la mejilla. El vaho cálido inundaba el recinto.

Jesuso tornó a cerrar, caminó suavemente hasta el chinchorro, estirose y se volvió a oír el crujido de la madera en la mecida. Una mano colgaba hasta el suelo, resbalando sobre la tierra del piso. La tierra estaba seca como una piel áspera, seca hasta el extremo de las raíces, ya como huesos; se sentía flotar sobre ella una fiebre de sed, un jadeo, que torturaba los hombres.

Las nubes, oscuras como sombra de árbol, se habían ido, se habían perdido tras de los últimos cerros más altos, se habían ido como el sueño, como el reposo. El día era ardiente. La noche era ardiente, encendida de luces fijas y metálicas.

En los cerros y los valles pelados, llenos de grietas como bocas, los hombres se consumían torpes, obsesionados por el fantasma pulido del agua, mirando señales, escudriñando anuncios.

Sobre los valles y los cerros, en cada rancho, pasaban y repasaban las mismas palabras:

—Cantó el carrao. Va a llover...

—¡No lloverá!

Se la daban como santo y seña de la angustia:

—Venteó del abra. Va a llover...

—¡No lloverá!

Se lo repetían como para fortalecerse en la espera infinita:

—Se callaron las chicharras. Va a llover...

—¡No lloverá!

La luz y el aire eran de cal cegadora y asfixiante.

—¿Si no llueve, Jesuso, qué va a pasar?

Miró la sombra que se agitaba fatigosa sobre el catre, comprendió su intención de multiplicar el sufrimiento con las palabras, quiso hablar, pero la somnolencia le tenía tomado el cuerpo, cerró los ojos y se sintió entrando en el sueño.

Con la primera luz de la mañana Jesuso salió al conuco y comenzó a recorrerlo a paso lento. Bajo sus pies descalzos crujían las hojas vidriosas. Miraba a ambos lados las largas hileras del maizal, amarillas y tostadas, los escasos árboles, desnudos, y en lo alto de la colina, verde profundo, un cactus vertical. A ratos deteníase, tomaba en la mano una vaina de frijol reseca y triturábala con lentitud, haciendo saltar por entre los dedos los granos rugosos y malogrados.

A medida que subía el sol, la sensación y el color de aridez eran mayores. No se veía nube en el cielo de un azul de llama. Jesuso, como todos los días, iba sin objeto, porque la siembra estaba ya perdida, recorriendo las veredas del conuco, en parte por inconsciente costumbre, en parte por descansar de la hostil murmuración de Usebia.

Todo lo que se dominaba del paisaje, desde la colina, era una sola variedad de amarillo sediento sobre valles estrechos y cerros calvos, en cuyo flanco una mancha de polvo calcáreo señalaba el camino. No se observaba ningún movimiento de vida; el viento quieto, la luz fulgurante.

Apenas si la sombra se iba empequeñeciendo. Parecía aguardarse un incendio.

Jesuso marchaba despacio, deteniéndose a ratos, como un animal amaestrado, la vista sobre el suelo, y a ratos conversando consigo mismo:

—¡Bendito y alabado! Qué va a ser de la pobre gente con esta sequía. Este año ni una gota de agua, y el pasado fue un inviernazo que se pasó de aguado, llovió más de la cuenta, creció el río, acabó con las vegas, se llevó el puente... Está visto que no hay manera... Si llueve porque llueve... Si no llueve porque no llueve...

Pasaba del monólogo a un silencio desierto y a la marcha perezosa, la mirada por tierra, cuando sin ver sintió algo inusitado en el fondo de la vereda y alzó los ojos.

Era el cuerpo de un niño. Delgado, menudo, de espaldas, en cuclillas, fijo y abstraído, mirando el suelo.

Jesuso avanzó sin ruido y, sin que el muchacho lo advirtiera, vino a colocársele por detrás, dominando con su estatura lo que hacía. Corría por tierra culebreando un delgado hilo de orina, achatado y turbio de polvo en el extremo, que arrastraba algunas pajas mínimas. En ese instante, de entre sus dedos mugrientos el niño dejaba caer una hormiga.

—Y se rompió la represa... y ha venido la creciente... bruum... bruum... bruumuum... y la gente corriendo... y se llevó la hacienda de tío sapo... y después el hato de tía tara... y todos los palos grandes... zaas... bruum... y ahora tía hormiga metida en esa aguazón...

Sintió la mirada, volvióse bruscamente, miró con susto la cara rugosa del viejo y se alzó entre colérico y vergonzoso.

Era fino, elástico; las extremidades, largas y perfectas; el pecho, angosto; por entre el dril pardo, la piel dorada y sucia; la cabeza inteligente, móviles los ojos, la nariz vibrante y aguda, la boca femenina. Lo cubría un viejo sombrero de fieltro, ya humano de uso, plegado sobre las ore-

jas como bicornio, que contribuía a darle expresión de roedor, de pequeño animal inquieto y ágil.

Jesuso terminó de examinarlo en silencio y sonrió.

—¿De dónde sales, muchacho?

—De por ahí...

—¿De dónde?

—De por ahí...

Y extendió con vaguedad la mano sobre los campos que se alcanzaban.

—¿Y qué vienes haciendo?

—Caminando.

La impresión de la respuesta dábale cierto tono autoritario y alto, que extrañó al hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Como me puso el cura.

Jesuso arrugó el gesto, desagradado por la actitud terca y huraña.

El niño pareció advertido y compensó las palabras con una expresión confiada y familiar.

—No seas malcriado —comentó el viejo, pero desarmado por la gracia bajó a un tono más íntimo—. ¿Por qué no contestas?

—¿Para qué pregunta? —replicó con candor extraordinario.

—Tú escondes algo. O te has ido de casa de tu taita.

—No, señor.

Preguntaba casi sin curiosidad, monótonamente, como jugando un juego.

—O has echado alguna lavativa.

—No, señor.

—O te han botado por maluco.

—No, señor.

Jesuso se rascó la cabeza y agregó con sorna:

—O te empezaron a comer las patas y te fuiste, ¿ah, vagabundito?

El muchacho no respondió; se puso a mecerse sobre los pies, los brazos y la espalda, chasqueando la lengua contra el paladar.

—¿Y para dónde vas ahora?

—Para ninguna parte.

—¿Y qué estás haciendo?

—Lo que usted ve.

—¡Buena cochinada!

El viejo Jesuso no halló más que decir; quedaron callados frente a frente, sin que ninguno de los dos se atreviese a mirarse a los ojos. Al rato, molesto por aquel silencio y aquella quietud que no hallaba cómo romper, empezó a caminar lentamente como un animal enorme y torpe, casi como si quisiera imitar el paso de un animal fantástico; advirtió que lo estaba haciendo y le ruborizó pensar que pudiera hacerlo para divertir al niño.

—¿Vienes? —le preguntó simplemente. Calladamente, el muchacho se vino siguiéndolo.

En llegando a la puerta del rancho halló a Usebia atareada encendiendo el fuego. Soplabla con fuerza sobre un montoncito de maderas de cajón y papeles amarillos.

—Usebia, mira —llamó con timidez—. Mira lo que ha llegado.

—Ujú —gruñó sin tornarse, y continuó soplando.

El viejo tomó al niño y lo colocó ante sí, como presentándolo, las dos manos oscuras y gruesas sobre los hombros finos:

—¡Mira, pues!

Giró agría y brusca y quedó frente al grupo, viendo con esfuerzo por los ojos llorosos del humo.

—¿Ah?

Una vaga dulzura le suavizó lentamente la expresión.

—Ajá. ¿Quién es?

Ya respondía con sonrisa a la sonrisa del niño.

—¿Quién eres?